

La Comédiathèque



El Cuco



Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

**Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr**

El cuco

Jean-Pierre Martinez

En la víspera de Navidad, el inesperado regreso de un abuelo que se creía muerto trastorna la rutina de una familia aparentemente normal. Una comedia absurda y cruel sobre los lazos familiares. ¡Vaya directamente al infierno... o saque una carta de suerte!

Reparto

Pablo

Julia

Fausto

Nina

Acto 1

Una sala que da a una terraza. Algunas decoraciones navideñas pero no hay un árbol de Navidad. Julia, de unos cuarenta a cincuenta años, está sentada en un sillón leyendo un periódico con un titular sobre la erupción de un volcán islandés que perturba el tráfico aéreo. Pablo, su esposo, de la misma edad, cuida de una planta en una maceta. La riega, la pulveriza, la poda... Sin más ideas, se acomoda en otro sillón. Silencio. Un reloj de pared con un cucú antiguo, ubicado entre ellos, canta tres veces.

Pablo – El cucú siempre canta tres veces...

Julia – ¿Qué hora es?

Pablo – No lo sé. De todas formas, no son las tres.

Julia – Deberíamos hacerlo reparar.

Pablo – O deshacernos de él. ¿Cuándo es la recolección de objetos voluminosos?

Julia – Es lo único que tienes de tu familia.

Pablo – Sí, pero sigue siendo demasiado voluminoso...

Un momento de silencio.

Pablo – Es increíble el clima en diciembre.

Julia – Es el veranillo de San Martín.

Pablo – Navidad en la plaza, Pascua en casa"...

Julia – En cualquier caso, por suerte no planeábamos ir de vacaciones hoy. ¿Leíste esto? Todos los aeropuertos están cerrados.

Pablo – Pareciera que hemos vuelto a la época de las carabelas. Ahora hay que esperar a que los vientos sean favorables para que un avión despegue.

Julia – Todo esto por un volcán cuyo nombre ni siquiera podemos pronunciar.

Pablo – Como el del diablo...

Julia – ¿Perdón?

Pablo – ¡Tampoco podemos pronunciar el nombre del diablo! Eso demuestra que hay algo diabólico en esta historia.

Julia – Bueno, tampoco es el fin del mundo.

Pablo – Me pregunto si los milenaristas tienen razón. ¿Y si el apocalipsis realmente fuera el 25 de diciembre de este año?

Julia – ¿Porque un volcán hizo erupción?

Pablo – ¡Así comenzó también para los dinosaurios!

Julia – Nunca se debería despertar a un volcán dormido...

Pablo – Y ahora, ¿qué hacemos?

Julia – ¿Esperar el fin del mundo?

Pablo – Cuando el pajarito haya dejado su nido...

Julia – ¿Hay un nido? ¿Dónde?

Pablo – ¡Es una metáfora! ¡Hablo de Nina, nuestra hija! Cuando realmente se haya ido, y nos haya dejado solos en esta casa con una habitación de más.

Julia – No se va para siempre. Y solo va a Madrid. Volverá.

Pablo – Sí, en tránsito.

Julia – Prefiero no pensarlo. No todavía...

Pablo – Hace más de veinte años que nuestros días están marcados por ella. Que nuestra vida gira en torno a ella. ¿Qué comió? ¿Qué va a comer? ¿Qué hizo? ¿Qué va a hacer? Tendremos que acostumbrarnos a la idea de que ahora, nuestra única hija sabe comer y usar el baño por sí sola.

Julia – Habrá que encontrar otros puntos de referencia, crear nuevos hábitos.

Pablo – ¿Cómo lo hacíamos antes?

Julia – Ya no lo recuerdo.

Pablo – Tendremos que aprender de nuevo.

Julia – Pero nunca será como antes.

Pablo – Entonces tendremos que reinventarnos.

Julia nota la maceta.

Julia – ¿Estás plantando algo?

Pablo – Solo uno o dos plantas de cannabis, para nuestro consumo personal.

Julia – ¿En serio?

Pablo – Dijimos que teníamos que cambiar nuestros puntos de referencia, ¿no? Fumarse un porro de vez en cuando al menos debería ayudarnos a desprendernos de nuestros antiguos hábitos. *(Ella lo mira sorprendida.)* Estoy bromeando, son tomates cherry. Los encontré en la floristería.

Julia – ¿En la floristería? Es muy amable de tu parte, pero no era necesario. Espero que no te hayas arruinado al menos...

Pablo – Diez euros. Iba a comprar un árbol de Navidad, pero dicen que los tomates cherry tienen un rendimiento increíble. Mucho mejor que el abeto en cualquier caso. ¿Has visto el precio de los tomates cherry? Casi tan caros como el cannabis.

Julia – Y además es legal...

Pablo – Si realmente me despiden del banco, siempre puedo dedicarme a traficar tomates cherry.

Julia – Mmm...

Pablo – Bueno, por ahora todavía no he cosechado nada, pero lo compré hace una hora.

Julia – Sí, y todavía estamos en diciembre.

Permanecen en silencio por un momento.

Pablo – Ves, ni siquiera sé si temerlo o esperarlo, ese despido.

Julia – Podría ser una oportunidad para evolucionar...

Pablo – O el comienzo del fin, como para los dinosaurios. Ellos no lograron evolucionar...

Julia – Tenemos para salir adelante. Tú recibirías una indemnización. Y además yo trabajo.

Pablo – Lo sé. Eso es lo que me deprime. Hace veinte años no teníamos nada y no temíamos nada. Mucho menos el futuro. Hoy en día tenemos una casa, dos coches, un seguro de vida cada uno... Lo tenemos todo y tememos todo. Incluso a los volcanes. Nos hemos convertido en dinosaurios, te lo digo...

Un momento.

Julia – Finalmente tendrías tiempo para escribir tu novela. Llevas años hablando de ella. ¿Cómo se llamaba, por cierto?

Pablo – "Memorias de un amnésico".

Julia – Es un buen título.

Pablo – Desafortunadamente, desde entonces ya ha sido tomado.

Julia – Podrías llamarlo "Memorias de un dinosaurio"...

Pablo – Ese también está tomado. Todos los buenos títulos ya están ocupados. ¿Te das cuenta? Si tan solo hubiera nacido cien años antes, podría haber titulado mi libro "Cien años de soledad" o "La vida es sueño". Con títulos así, obviamente habría tenido éxito.

Julia – Eso te quita las ganas de escribir...

Pablo – Mientras tanto, mejor no abandonar la idea de la terraza cultivada. Por si mi indemnización de despido no está a la altura de nuestras expectativas.

Julia – ¿Te preocupa tanto?

Pablo – ¿Por qué crees que compré una planta de cultivo en lugar de una planta de cannabis?

Julia – ¿Porque no venden plantas de cannabis en la floristería?

Se escucha un ruido desagradable de flauta con muchas notas falsas.

Pablo – ¿Qué es eso? ¡Es horrible! ¿Cómo quieres que pueda escribir el próximo Premio Cervantes en estas condiciones?

Julia – La hija de la vecina... Nina también estaba aprendiendo a tocar la flauta cuando estaba en la escuela. ¿No te acuerdas?

Pablo – Es cierto. Es increíble. Ayer todavía le estaban enseñando a tocar la flauta, y hoy es abogada. Aunque bueno, es más o menos lo mismo...

Julia – ¿Qué quieres decir?

Pablo – Un abogado también toca la flauta.

Julia – Muy gracioso...

Pablo – De todos modos, si algún día descubren plantaciones ilegales en nuestra terraza, siempre podremos llamarla desde nuestra primera hora de custodia. ¿No es reconfortante?

Julia (*mirando la planta con sospecha*) – ¿Me juras que es realmente una planta de tomates cherry?

Nina llega arrastrando una maleta con ruedas. Es una joven de unos veinte años con un aspecto bastante deportivo.

Pablo – ¿Así que te vas? Nos vas a dejar solos aquí, como dos viejos gruñones... Por fin estaremos un poco tranquilos.

Nina – Yo también lo espero.

Pablo – Justo estábamos hablando de ti. Le decía a tu madre que si alguna vez descubrimos un cadáver enterrado en nuestro jardín, tú siempre podrás evitarnos problemas con la policía.

Nina – ¿En serio?

Pablo – ¡Si fuimos nosotros quienes pagamos tus estudios!

Julia – ¿De verdad no quieres que te acompañemos a Madrid?

Nina – No es necesario, mamá, te lo aseguro. Trinidad pasa a recogerme en coche.

Pablo – ¿Trinidad? ¿Quién es Trinidad?

Julia – La... compañera de trabajo de Nina con la que va a compartir su apartamento, ya sabes.

Pablo – No... No me dicen nada... ¿Y cuántos años tiene esta Trinidad?

Nina – ¿Qué importa? ¿Eres de la policía?

Pablo – ¿La gente todavía tiene derecho a llamar a su hija Trinidad? ¿No está prohibido?

Julia – Los alquileres son tan caros en Madrid... ¿Estás segura de que no olvidaste nada?

Nina – Si olvidé algo, volveré. No me voy al fin del mundo. (*A Julia*) – ¿Te dejo mis llaves? Para la mujer de la limpieza...

Pablo – Claro, deja tus llaves en la recepción al salir. ¿Tomaste algo del minibar?

Julia – Te juro que deberías escribir tu libro. Si pusieras por escrito todas las tonterías que dices, podría ser una serie de volúmenes...

El teléfono suena dentro de la casa.

Pablo – Voy. Prefiero no presenciar tus desgarradoras despedidas.

Pablo sale.

Nina – Parece completamente deprimido...

Julia sonríe.

Julia – Su pequeña se va de casa. Eso lo hace sentirse mayor, claro...

Nina – ¡No me voy para siempre!

Julia (*al borde de las lágrimas*) – Sí, eso le dije... ¿Es verdad?

Nina – ¡Por supuesto!

Nina abraza a su madre para consolarla. Escena emotiva. Luego sueltan su abrazo. Nina le entrega a su madre un trozo de papel.

Nina – Toma, te anoté la dirección y el código del edificio. ¡Ven cuando quieras!

Julia – Gracias... (*Julia guarda el papel en un cajón y saca una pistola.*) Ah, por cierto... La encontré debajo de tu cama mientras hacía la limpieza. No deberías dejarla por ahí...

Nina – Lo siento, era para que papá no la viera. Se supone que nunca debo separarme de ella, ni siquiera en casa.

Julia – Saluda a Trinidad de mi parte...

Nina – Está bien.

Julia – Aunque algún día tendrás que decírselo a tu padre...

Nina – ¿Qué?

Julia – Que aprobaste la prueba para ingresar a la policía, no la de entrar en la judicatura. ¿Por qué no se lo dijiste?

Nina – Tenía miedo de que estuviera decepcionado... Era su última oportunidad de verme con un vestido al menos una vez en su vida...

Julia – Guardia civil también está bien.

Nina – Madre, es policía...

Nina se acerca para tomar la pistola, pero se detiene frente a un planta de tomates cherry.

Nina – ¿Qué es esto?

Julia – Las plantaciones de tu padre. Tomates cherry...

Nina (*no convencida*) – ¿Ah, sí...?

Pablo regresa con un teléfono inalámbrico en la mano. Julia esconde rápidamente la pistola debajo del sofá. Pablo le entrega el teléfono a Nina.

Pablo (*a Nina*) – Para ti. Trinidad...

Nina – Gracias... (*Nina se va con el teléfono.*) ¿Hola? Sí, Trinidad...

Pablo – Tiene una voz rara, ¿no?

Julia – ¿Quién?

Pablo – ¡Esa Trinidad!

Julia – ¿Qué tipo de voz?

Pablo – No lo sé... No muy femenina.

Julia – No es azafata de vuelo, ya sabes.

Pablo – Sí, eso me lo imaginaba... La pregunta es: ¿qué se puede hacer en la vida cuando te llamas Trinidad? Es un verdadero obstáculo para conseguir empleo. ¿Qué hace para vivir?

Julia – Es... una compañera de trabajo de Nina, ya te lo he dicho. Están haciendo su práctica juntas.

Pablo – ¿Su práctica de abogadas? ¿En qué bufete?

Julia – No lo vas a conocer... Es Americano...

Pablo – Sin embargo...

Julia – Smith y Wesson, creo...

Pablo – Ah, sí... Me suena vagamente algo.

Se escucha brevemente una sirena de policía desde la calle. Nina regresa.

Nina – Trinidad me espera abajo. Tengo que irme...

Julia – ¿Sigues viniendo a cenar en Navidad?

Nina – ¡Claro! Te lo dije. Voy a traer la pava...

Pablo – Incluso puedes traer a Trinidad, si quieres.

Nina – ¿Ah, sí? Bueno... Pero, ¿por qué iba a traer a Trinidad? No estamos casadas, después de todo.

Pablo – Puedes decirme todo, ya sabes... Soy tu padre... Igual te querré...

Nina – ¿Todo?

Pablo – Casi todo.

Nina – ¿Incluso si resulta que la pava es un conejo?

Pablo claramente no entiende la alusión.

Julia – Vamos, adelante.

Pablo – Sí, eso es, apúrate... Estamos ansiosos de que te hayas ido... Desde hace tanto tiempo que soñábamos con tener una habitación de invitados... (*Nina le da un beso en la mejilla.*) Ahora solo nos queda encontrar amigos. Pero ahora que ya no tenemos hijos a cargo, tendremos tiempo para hacerlos...

Nina se prepara para irse con su maleta con ruedas.

Julia – ¿Me llamas cuando llegues?

Nina – No te preocupes.

Nina se va. Permanecen sentados en el sofá, en silencio.

Pablo – Y ya está... Somos unos viejos amargados.

Julia – Ya eras un viejo amargado antes de esto.

Silencio.

Pablo – ¿Quieres jugar al Monopoly?

Julia – A dos no es muy divertido. Pero podemos jugar una partida en Navidad, como todos los años. Con Trinidad...

Pablo – ¿Qué haremos con su habitación?

Julia – ¡Es una obsesión! No hay prisa...

Pablo – Podríamos dejarla como está y convertirla en un mausoleo. Quemaremos incienso de vez en cuando.

Julia – ¿Quieres que hagamos un pequeño viaje? Me quedan muchas vacaciones por tomar. Y luego, en la funeraria, después de las fiestas, es temporada baja...

Pablo – Mmm...

Julia – Quién sabe por qué, la gente prefiere morir entre Navidad y Año Nuevo.

Pablo – Lo que necesitamos son unas vacaciones permanentes.

Julia – Me das miedo...

Pablo – Si me despiden, tú también podrías dejar de trabajar.

Julia – No sé si realmente nos lo podemos permitir... Después de todo, todavía tenemos que pagar la residencia de cuidado para tu madre... A menos que ganemos la lotería... Y ¿qué haría yo entonces?

Pablo – No sé... ¡Podrías finalmente hacer lo que quieras! ¿Nunca has tenido ganas de hacer algo más?

Julia – Sabes lo que me tentaría... Llevo un tiempo pensándolo...

Pablo – No.

Julia – Abrir una casa de huéspedes...

Pablo – ¡Por qué no! Ya tenemos una habitación que acaba de quedar libre...

Julia – No aquí. ¡En el campo!

Pablo (horrorizado) – ¡En el campo!

El timbre de la entrada suena.

Julia – Ves... Te dije que volvería... Seguramente olvidó algo...

Julia va a abrir. Pablo extiende el brazo, coge el periódico y lo abre.

Pablo (*leyendo*) – Fuga de la prisión de Soto del Real... El prisionero logra escapar apuntando con una pistola falsa a sus guardianes... Es curioso, ¿por qué este rostro me resulta familiar...?

Julia regresa.

Julia – No es Nina...

Pablo – ¿Quién es?

Julia – Un hombre de cierta edad vestido de una manera extraña...

Pablo – ¿Con barba blanca y traje rojo? Ya me lo imaginaba. ¿Quién es ese idiota que estacionó su trineo justo abajo en un lugar para discapacitados...

Julia – Ese idiota pretende ser tu padre.

Pablo – ¿Mi padre?

Julia – ¡Pensé que estaba muerto!

Pablo – Yo también...

Julia – ¡Eso es lo que me dijiste! ¿No está muerto?

Pablo – Para mí, lo estaba... No lo he visto desde hace veinte años.

Julia – ¿Y qué te hacía pensar que estaba muerto?

Pablo – Un día encontré huesos en el jardín de mi madre mientras cavaba.

Julia – Tu famosa afición por la agricultura...

Pablo – Pensé que ella lo había enterrado allí.

Julia – Ah sí, eso... Eso también habría sido lo primero que se me habría ocurrido. ¿Y no le preguntaste?

Pablo – ¿A quién?

Julia – ¡A tu madre!

Pablo – Al principio, no me atreví. No es el tipo de pregunta que se hace fácilmente a su madre. Solo me había dicho que mi padre se había ido en un largo viaje...

Julia – ¿Y luego? ¿No te preguntaste por qué después de veinte años todavía no había regresado?

Pablo – Sí, pero... Desde que mamá está en ese asilo... Sabes que ya no recuerda nada. Incluso si la policía la golpeará, no sería capaz de decir su propio nombre...

Julia – Bueno, no podemos dejarlo en la puerta...

Pablo – ¿Por qué?

Julia – Después de todo, es tu padre...

Julia se va, dejando a Pablo desorientado.

Pablo – Pero entonces, ¿quién era esa persona cuyos huesos encontré en el jardín?

Negro.

Acto 2

Julia regresa con un hombre de cierta edad, de buena apariencia, vistiendo ropa anticuada y un poco llamativa, con un regalo en la mano.

Julia – Es realmente amable que nos haya venido a visitar. Pero ni siquiera sé su nombre...

Fausto – Fausto. Mi nombre es Fausto, querida señora. Pero puedes llamarme... Fausto.

Pablo – No recordaba que se llamara Fausto...

Momento de silencio incómodo.

Julia – Bueno, Pablo, ¿no saludas a tu padre?

Pablo – Sí, sí, yo... Papá? ¿Qué te trae por aquí?

Fausto – Más bien un viento en contra, para ser sincero.

Pablo – Vaya... Curioso, pero lo contrario me hubiera sorprendido...

Fausto – Tenía que tomar un avión, pero debido a esta nube volcánica...

Pablo (*a Julia*) – Te lo dije, había algo diabólico en esta historia del volcán... Las entrañas de la tierra comienzan a escupir fuego, y aquí está mi padre apareciendo después de salir de su tumba...

Julia – Entonces estás en tránsito...

Fausto – Pensé que aprovecharía para pasar a ver a mi hijo... Y finalmente conocer a mi nuera... y a mi nieto.

Julia – Es una niña...

Fausto – Ah...

Julia – Y usted ha llegado en mal momento...

Pablo – Acaba de abandonar definitivamente la casa... Realmente tienes mala suerte, si hubieras venido apenas diez años antes, podrías haberla encontrado...

Julia percibe la incomodidad y trata de llenar el vacío.

Julia – Pero por favor, siéntese.

Fausto le entrega el regalo.

Fausto – Aquí, traje esto para la niña.

Julia (*tomando el regalo*) – ¡Ah, gracias! Se lo daré en cuanto la vea. ¿No tiene equipaje?

Fausto – Lo dejé... en la consigna del aeropuerto.

Julia – ¿Quiere tomar algo?

Fausto – No quisiera molestar.

Julia – ¡Por favor! ¿Qué le puedo ofrecer? Rara vez tomamos el aperitivo.

Pablo – Recibimos muy pocas visitas... Como tenemos pocos amigos y no tenemos familia cercana.

Julia – ¿Vino de ciruela le parece bien? Lo trajimos de nuestras vacaciones de verano en Francia. Aún no hemos tenido la oportunidad de abrirlo...

Fausto – Vino de ciruela, perfecto.

Pablo – Es bueno para el tránsito.

Julia pone el regalo en un rincón y se va. Silencio incómodo.

Fausto – Entonces, hijo, ¿cómo estás?

Pablo – Muy bien, gracias.

Fausto – ¿No te alegra volver a ver a tu viejo padre?

Pablo – Sí, sí, pero... Haces erupción así de repente...

Fausto – Irrupción. Se dice hacer irrupción. Erupción es para los volcanes.

Pablo – Es amable de tu parte volver a darme algunas lecciones de español... La última vez que te vi, acababa de pasar el bachillerato.

Fausto – Y lo lograste, ¿verdad?

Pablo – Gracias por preocuparte por mi educación secundaria, pero... ¿dónde estabas tú en realidad estos últimos veinte años?

Fausto – No muy lejos de aquí, en realidad. Apenas a unos kilómetros en vuelo directo.

Pablo – Ah, sí... Eso explica por qué nunca viniste a verme antes. Aunque claro, tú no eres un pájaro, después de todo.

Fausto – A veces también se mete a los pájaros en jaulas...

Pablo – Incluso los viejos cucos, al parecer...

Julia vuelve con una botella de vino de ciruela y tres vasos en una bandeja.

Julia – Aquí está... Nos va a refrescar...

Julia sirve las bebidas.

Fausto – Gracias.

Julia – ¿Se da cuenta? Tomar el aperitivo con la ventana abierta en pleno diciembre...

Fausto – Navidad en la plaza, Pascua en casa...

Julia – Sí, eso es lo que mi marido me decía... Confieso que no conocía este refrán... Entonces, usted es el padre de Pablo.

Fausto – Técnicamente, sí...

Julia – Supongo que no vives en España...

Fausto – No tengo realmente un lugar fijo.

Pablo – Mientras tengamos salud...

Julia prueba su bebida.

Julia – Está un poco tibia, ¿no? Voy a traer cubos de hielo, así estará mejor...

Julia se va.

Pablo – ¿Así que te liberaron? ¿No por buena conducta, imagino?

Fausto – No exactamente...

Pablo – ¿Te escapaste?

Fausto – Es un poco más complicado que eso.

Pablo – A mí ya me parece bastante complicado...

Fausto – Digamos que me beneficié... de una serie de circunstancias.

Pablo – ¡Vaya, vaya!

Fausto – Estaba a punto de salir del país, pero debido a ese volcán...

Pablo – Entonces te acordaste de que tenías un hijo.

Fausto – Dadas mis circunstancias... Sería mejor que no durmiera en un hotel esta noche. Naturalmente, pensé en ti...

Pablo – ¿Naturalmente?

Fausto – ¿No delatarías a tu propio padre a la policía?

Pablo – Depende... ¿Hay una recompensa?

Julia vuelve con una cubeta de hielo.

Julia – ¡Aquí están los cubos de hielo!

Con unas pinzas, pone hielo en los vasos.

Fausto – Gracias por tu hospitalidad...

Julia – Por cierto, ¿sabe dónde dormirá esta noche? Si su avión no puede despegar antes de mañana...

Pablo le lanza una mirada furiosa.

Fausto – Me las arreglaré.

Pablo – Y además no tenemos mucho espacio para recibirlo...

Julia – Está la habitación de Nina. Tú que siempre quisiste tener una habitación de invitados...

Pablo – Pero... él no es un amigo.

Julia – ¿Más vino de ciruela, Fausto?

En ese momento se escucha un timbre y Fausto saca un teléfono móvil de su bolsillo, cuyo tamaño grande evidencia su antigüedad. Fausto despliega la antena telescópica y contesta la llamada.

Fausto – ¿Hola...? (A los otros dos) Perdónenme... ¿Hola...?

Fausto se aleja hacia el interior de la casa.

Pablo – ¿Qué te pasó por ofrecerle la habitación de Nina?

Julia – Es tu padre, ¿verdad?

Pablo – ¡No conozco a ese tipo!

Julia – ¿No estás seguro de que sea él?

Pablo – ¡Hace veinte años que no lo veo! Pero no recuerdo que se pareciera a eso.

Julia – Claro que uno cambia en veinte años. ¿Acaso estás perdiendo la memoria, como tu madre?

Pablo – ¿Crees que se parece a mí?

Julia – Si no estás seguro de que sea él, podemos pedirle sus documentos...

Pablo – Lo que me gustaría, sobre todo, es poder registrarlo.

Julia – ¿Para qué?

Pablo – ¡Para ver si lleva un arma encima!

Julia – Ah, sí...

Pablo – ¿Qué crees que puede haber ahí adentro...? Se escucha como un tic tac, ¿no?

Julia – ¿Crees que tu padre vendría a explotarse a sí mismo en nuestra casa con un paquete bomba después de veinte años de ausencia?

Pablo – Entonces, ¿qué es?

Julia – Es el cucú.

Pablo – El cucú... ¿Quieres decir, mi padre? También él tiende a poner sus huevos en el nido de otros...

Fausto regresa con una sonrisa un poco forzada en los labios.

Fausto – Me incomoda un poco, pero creo que voy a tener que aceptar su amable invitación, al final... Un amigo me había ofrecido alojamiento, pero acaba de cancelar.

Julia – No hay problema. Está en tu casa aquí. Mientras esperamos a que cambie el viento...

Fausto – El viento...

Julia – Me refiero a la nube radioactiva... Quiero decir volcánica...

Fausto – Las nubes son como los pájaros, no conocen fronteras.

Pablo – Incluso las del espacio Schengen...

Se escucha el timbre de la entrada. Fausto se tensa.

Fausto – ¿Esperan a alguien?

Julia – No... Voy a ver...

Julia sale.

Fausto – ¿Hay alguna forma de salir por la terraza?

Pablo – Sí, da al jardín.

Fausto – Ah...

Pablo – Siempre puedes intentar saltar. Pero te advierto, estamos en el tercer piso.

Pablo – Ah...

Judith llega con Nina.

Pablo – Ah, eres tú... Fausto temía que fuera la policía...

Julia – Nina olvidó... su celular. Son tan pequeños ahora, nunca sabes dónde los metiste... ¡Al menos el suyo, no corre el riesgo de perderlo! Fausto, le presento a Nina, mi hija... Nina, él es...

Pablo (*interrumpiendo*) – Fausto, un indigente que acabamos de recoger de la calle... Tenía un cartel que decía "tengo hambre" alrededor del cuello, así que lo invitamos a tomar el aperitivo...

Julia se queda sin palabras por esta mentira, y Nina está obviamente sorprendida.

Nina – Encantada...

Julia – Fausto se quedará aquí esta noche.

Nina – Vaya... Tu habitación de invitados no ha estado vacía por mucho tiempo...

Julia – ¿Te gustaría un poco de vino de ciruela con nosotros?

Nina – Por qué no...

Pablo – ¿Estás segura de que no te retrasará? Trinidad se preocupará...

Nina – No tengo tanta prisa...

Pablo – Voy a servir. (*A Julia*) ¿Por qué no muestras su habitación a nuestro amigo mientras tanto? (*A Fausto*) Es la suite familiar, verás que es muy tranquila.

Fausto – Muy bien...

Julia – ¿Me sigue?

Julia sale con Fausto.

Fausto – Señorita...

Pablo sirve una copa a Nina. Nina mira a su padre con intriga. Pablo parece incómodo.

Pablo – ¿No vas a beber tu aperitivo?

Nina – ¿Quién es ese tipo?

Pablo – Te lo dije, es un vagabundo. No sabía dónde dormir esta noche, así que como teníamos una habitación libre...

Nina – No es realmente tu estilo, la caridad cristiana, ¿verdad?

Pablo – Pero es Navidad, después de todo...

Nina – Siempre dices que no te importa la Navidad.

Pablo – Bueno, precisamente, he decidido darle sentido a esta fiesta que con el tiempo se ha convertido en una celebración indecente de la sociedad de consumo. ¿Sabías que antes, en Navidad, se ponía un cubierto extra para cualquier desconocido que viniera a llamar a la puerta?

Nina – Como Papá Noel...

Pablo – Era el "cubierto del pobre". Se decía que estaba destinado al alma de los difuntos de la familia, que estaban invitados a la fiesta.

Nina (*escéptica*) – Mmm...

Pablo – Mira, de hecho, la prueba de que es un buen tipo es que trajo un regalo para ti...

Nina mira el paquete.

Nina – ¿Para mí? ¿Me conoce?

Pablo – Parece que ha oído hablar de ti.

Nina abre el paquete y saca una pistola que toma en sus manos.

Nina – Una pistola... Muy bien... Agradéceselo de mi parte...

Pablo – Cuando eras pequeña, siempre jugabas a policías y ladrones... ¿Recuerdas? Ninguna de tus amigas quería jugar contigo...

Nina – Mmm...

Para disimular, Nina echa un vistazo al periódico.

Pablo – Un día, incluso encerraste a la empleada de limpieza en un armario del sótano porque la acusabas de haberte robado caramelos. Solo la encontramos al día siguiente por la mañana...

La atención de Nina parece ser atraída de repente por un artículo del periódico.

Nina – ¿Un indigente...? ¡Su foto está en el periódico! ¿No lo has visto?

Pablo – No...

Nina – ¡Se escapó esta mañana de la prisión de Soto del Real! Sabía que su cara me resultaba familiar... Debe de haber un aviso de búsqueda en la oficina...

Pablo – ¿Ya tiene un abogado?

Nina – ¡Este tipo es peligroso, te lo digo!

Fausto vuelve con Julia. Instintivamente, Nina apunta con el arma a Fausto, quien retrocede.

Fausto – Lo siento, si hubiera sabido, habría traído una muñeca...

Pablo – Ah, sí, eso hubiera sido más apropiado para una niña. Especialmente para una niña de su edad.

Fausto – Tranquilos, es una falsa.

Nina – Increíblemente bien hecha...

Pablo toma el juguete de las manos de Nina y lo examina.

Pablo – Un guardia de prisión definitivamente se confundiría si le apuntaran con esto en la nariz... *(Pablo juega con el revólver haciéndolo girar torpemente alrededor de su dedo como un vaquero, el revólver se le escapa de las manos y va a parar detrás del sofá.)* Lo siento, me falta práctica...

Pablo se inclina y por error, en lugar del juguete, recoge el verdadero revólver previamente escondido por Julia. Julia es la única que se da cuenta.

Julia – ¡Oh, Dios mío...

Pablo *(a Nina)* – ¿Pero sabes tanto de armas?

Nina – Bueno, es que... En mi trabajo...

Pablo – Mi hija es abogada.

Fausto – Ah, muy bien... Un abogado en la familia siempre puede ser útil...

Julia *(a Nina)* – Me pregunto si este no sería el momento adecuado para tu confesión...

Pablo – ¡Lo sabía!

Nina – No es en absoluto lo que piensas, te lo aseguro. Pero por favor, suelta ese arma sin hacer movimientos bruscos...

En tono de broma, Pablo apunta con el revólver que cree que es falso a su padre.

Pablo – Siempre he soñado con hacer esto... Tendré que hablarlo con mi psicólogo.

Nina – ¡No!

Pablo aprieta accidentalmente el gatillo y él mismo se sorprende por el sonido del disparo.

Pablo – El disparo salió solo... El gatillo es realmente sensible. Y qué realismo. Incluso sentí el retroceso, vaya. No sé cómo lo hacen.

Su padre queda momentáneamente inmóvil, luego cae al suelo.

Julia – Oh, Dios mío, acabas de matar a tu padre.

Pablo – Sí, eso es lo que estaba diciendo... Siempre he soñado con hacerlo...

Nina – ¿Su padre?

Julia – Tu abuelo...

Nina – ¡Pensé que el abuelo había muerto!

Julia – Bueno, ahora lo está...

Nina – Creo que le diré a Trinidad que no me espere...

Negro.

Acto 3

Consternación de Julia y Nina ante el cuerpo de Fausto tendido en el suelo. Pablo parece sorprendido.

Pablo – ¡Pero es falso! Ven que está fingiendo, para hacernos reír. ¿Verdad, papá?

Nina – Es mi arma de servicio.

Pablo – ¿Tu arma de servicio?

Nina – Soy policía, papá, no abogada...

Pablo – ¿Policía?

Julia recoge la pistola de juguete.

Julia – Ésta es la falsa.

Pablo – Ups... Creo que mi terapeuta lo llamaría un acto fallido.

Nina – Para un acto fallido, es bastante exitoso...

Julia – ¡Dios mío, qué haremos!

Pablo – Podríamos enterrarlo en el jardín.

Julia – ¿Es una tradición familiar?

Nina – ¡Pero no podemos hacer eso! ¡No es legal!

Julia – Escucha, cariño, creo que no es el momento de ser tan rígida.

Nina – ¿Rígida?

Pablo – Es un homicidio involuntario...

Julia – Y tú misma lo dijiste : ¡es tu arma de servicio! Te dije que no la dejaras por ahí...

Pablo – Está fugado, nadie se preocuparía por su desaparición.

Julia – Parece que todavía se mueve...

Pablo – Sería más humano rematarlo antes de enterrarlo, ¿no crees?

Nina examina a Fausto abriéndole la camisa.

Nina – La bala resbaló en su medalla. Sólo está aturdido por el golpe...

Pablo – ¿Una medalla?

Nina – Aparentemente de acero.

Pablo – Debe haberla grabado en su celda para entretenerse.

Nina – Con la efigie del Papa...

Julia – ¡Dios mío, es un milagro!

Pablo – Otro o dos como ése, y el Sumo Pontífice podría ser beatificado. Pero no sabía que mi padre fuera tan devoto...

Fausto recupera el conocimiento.

Fausto – ¿Qué pasó?

Julia – Sólo un pequeño desmayo, abuelo... Debe ser la emoción... Estos reencuentros familiares, obviamente, deben sacudirle un poco...

Nina – Pero sigue siendo un fugado de prisión.

Julia – No podemos entregarlo a la policía de todas maneras.

Nina – ¡Yo soy la policía!

Fausto – ¿Pensé que eras abogada?

Pablo – Yo también... Es curioso, ayer me habría molestado, pero ahora estoy casi aliviado.

Nina – ¿Ah sí?

Pablo – Esto va a acortar considerablemente este reencuentro familiar.

Julia – ¿Qué vamos a hacer con él...?

Nina – Robo con arma, receptación, ahora fuga... Nunca encontramos el botín de su último atraco...

Pablo – Vaya...

Julia – Pero después de todo, es tu abuelo.

Pablo – No se elige a la familia... (A *Fausto*) Bueno, ¿me dirás por qué has venido exactamente?

Un momento.

Fausto – Pasé a ver a tu madre antes de venir aquí.

Pablo – ¿Y entonces?

Fausto – No me reconocía. Creo que ya no está en su sano juicio.

Pablo – Yo también te había olvidado. Y sin embargo, tengo toda mi cabeza. Olvidar a alguien que no has visto en veinte años es normal, ¿sabes...?

Fausto – El problema es que... me hubiera gustado que recordara una cosa en particular.

Pablo – Cuéntame.

Fausto – Ella escondió el botín de mi último atraco.

Pablo – ¿Y ya no recuerda dónde lo escondió, es eso?

Fausto – ¿Tienes alguna idea tú?

Pablo – ¿Yo?

Fausto – Ella podría haberte hablado.

Pablo – Incluso cuando tenía toda su cabeza, mi madre no era de hablar mucho. Ni siquiera me había dicho que mi padre estaba en prisión y no enterrado en el jardín...

Nina – ¿En el jardín?

El reloj cucú canta tres veces.

Julia – Y ahora, ella es un poco como este viejo reloj cucú. El disco está rayado.

Nina – No puedo creerlo... ¡Estamos hablando de los productos de un robo con arma!

Julia – ¿Cuánto?

Fausto – Doce millones.

Julia – ¡Doce millones!

Pablo – Ah, sí, vaya...

Julia – Eso nos permite hacer planes.

Fausto – Podríamos compartirlo.

Julia – Una donación, por así decirlo...

Pablo – Como saldo de cuentas.

Julia – Y, ¿de dónde viene ese dinero?

Fausto – Del Banco del Espirito Santo.

Julia – Si ya no existe...

Fausto – Existía en aquella época.

Pablo – Antes de que mi padre lo asaltara...

Nina – O sea que estamos hablando de un robo, ¿verdad? No de un retiro en efectivo...

Julia (*a Pablo*) – ¿Podrías considerarlo como una indemnización?

Nina – Aún así, tendríamos que encontrar el dinero...

Pablo – No será fácil. Cuando pusimos a mamá en esa institución especializada, tuvimos que vender su casa para pagar parte de la factura... No veo cómo podemos pedirles a los nuevos propietarios que hagamos agujeros en su jardín...

Julia – Por cierto, si no era tu padre, ¿quién eran los huesos en el jardín?

Nina – ¿Los huesos? ¿Qué huesos?

Fausto – El jardinero encontró el botín cuando intentaba plantar bambúes. Justo después se cayó de un cerezo.

Pablo – Un accidente doméstico, en cierto modo.

Nina – Realmente tuvo mala suerte.

Fausto – Como trabajaba en negro y no tenía familia, tu madre decidió ocuparse ella misma de su funeral. Lo enterró al pie del cerezo, en la más estricta intimidad...

Pablo – Es tan triste no poder contar con una familia amorosa ni siquiera el día de su funeral...

Julia – Es cierto... Trabajo en una funeraria, y créanme, a veces sería más divertido ser enterrado en su propio jardín.

Pablo – Especialmente para un jardinero.

Fausto – Fue después de eso cuando tu madre decidió esconder el dinero en otro lugar, pero no sé dónde...

Julia – ¿Dónde podría haber escondido esa loca anciana el dinero?

Fausto (*a Nina*) – ¿No tienes ni idea de dónde tu abuela pudo haber escondido ese dinero?

Nina – No... Pero aunque lo supiera, ¡no se lo diría!

Julia – Pensemos un poco. ¿Qué podría haber hecho con esa fortuna...?

Pablo – Tal vez abrió una cuenta secreta en Suiza.

Nina – ¿Ves a abuela abriendo una cuenta en Suiza?

Pablo – Y además habría que saber el banco y el número de cuenta...

Julia – Tal vez lo escondió aquí.

Pablo – Después de todo, pasó algunos meses con nosotros antes de que Julia insistiera en que la internáramos...

Julia – ¿Yo?

Pablo – Sí, claro...

Julia – ¡Vaya, vaya! ¡Tú eras el que decía que ya no la soportabas!

Fausto – Podemos buscar en la casa...

Pablo – No es tan grande... Si hubiera dinero escondido aquí, creo que nos habríamos dado cuenta.

Julia – A menos que alguien lo haya encontrado y decidió quedárselo para sí mismo... o para ella misma.

Nina – ¿Lo dices por mí?

Julia – Pero no, estaba pensando... en la empleada de limpieza, por ejemplo. ¿Recuerdas cuando eras pequeña, que ya te robaba tus caramelos...?

Fausto – Tal vez se lo llevó con ella a su hogar de retiro.

Pablo – Al dejar su casa para venir a vivir aquí con nosotros, solo quiso llevarse ese viejo reloj cucú que nos molesta todo el día.

Julia – Sin mencionar la noche...

Pablo – Claro que en la residencia de retiro no lo quisieron. Así que tu abuela nos lo dejó.

Nina – Tal vez para asegurarse de que pensaríamos en ella con nostalgia cada hora...

Pablo – Si dependiera de mí, hace mucho que habríamos donado esa antigüedad a la Cruz Roja.

Nina – ¡Es lo único que te queda de tu familia! Bueno, aparte de tus padres...

El cucú canta tres veces de nuevo.

Fausto (*mirando su reloj*) – ¿Qué hora es?

Pablo – Cuando los enfermeros vinieron a llevarse a mamá, eran las tres. Y desde que se fue, el cucú siempre ha sonado tres veces. Seguro para hacernos sentir culpables.

Julia – ¡Por Dios, el cucú!

Nina – ¿Qué pasa?

Julia – ¿Y si escondió el dinero dentro de él?

Se voltean todos hacia el reloj cucú.

Pablo – No cuesta nada verificar...

Mientras Julia busca dentro del reloj, Fausto echa un vistazo a Nina.

Fausto – ¿Te gusta trabajar en la policía?

Pablo y Julia continúan buscando.

Pablo – No encuentro nada, ¿y tú?

Julia – No... ¡Ah, espera...!

Ella saca una bolsa de basura y la abre bajo la atenta mirada de los otros tres.

Julia – Una bolsa llena de billetes...

Pablo – Seguro que eso estaba bloqueando el mecanismo a las tres en punto.

Nina – ¿Cuánto hay?

Fausto – Unos 12 mill millones de pesetas.

Pablo – ¿Pesetas? (*Pablo examina los billetes*) ¡Oh, mierda, son pesetas!

Fausto – Sí... Eso fue hace veinte años...

Asombro general.

Pablo – ¿Qué vamos a hacer con pesetas?

Julia saca su smartphome y teclea.

Julia – Las pesetas ya no se pueden cambiar por euros desde el 1 de enero de 2021.

Pablo (a Fausto) – Entonces, estamos jodidos... Ya me lo imaginaba.

Julia mira en el fondo de la bolsa.

Julia – Esperen un momento... También hay cuatro lingotes de oro en el fondo de la bolsa...

Fausto examina el contenido de la bolsa.

Fausto – ¿Cuatro lingotes? ¡Deberían ser ocho! ¿Dónde están los demás?

Fausto los mira con sospecha.

Nina – Así que nos llama ladrones, abuelo...

Fausto – ¿Qué hizo tu madre con el resto?

Pablo – Tal vez los gastó.

Julia – Mientras nos sangramos para pagar su hogar de cuidado...

Pablo – ¿Cuánto sería en euros, cuatro lingotes?

Nina – Depende del precio del oro, pero debe ser una buena suma...

Pablo – Si obviamos los billetes que ya no se pueden cambiar, no debe ser mucho.

Julia – ¿Qué hacemos entonces?

Pablo – ¿Lo dividimos?

Nina – ¡Pero es dinero robado!

Julia – Es dinero de un banco, ellos son los ladrones.

Fausto – Ahora es cierto que dividido en cuatro... Un lingote para cada uno... No llegaríamos muy lejos con eso... Especialmente yo...

Julia – Podríamos invertirlo todo en un negocio de bed and breakfast en el campo y ocuparnos de él juntos. ¡La familia estaría finalmente reunida!

Ningún entusiasmo de los otros tres.

Fausto – O podríamos apostararlo todo en el póker y que gane el mejor...

Pablo – ¿Póker? ¡Vamos! Pasó los últimos veinte años de su vida jugando a las cartas con sus compañeros de celda. Es como jugar al Scrabble con un académico.

Nina – En ese caso, un juego de azar.

Fausto – ¿Ruleta rusa?

Pablo – Abuelo está bromeando...

Julia – ¡Podemos jugar esto en el Monopoly!

Sorprendidos, los otros tres.

Negro.

Acto 4

Han comenzado una intensa partida de Monopoly, en un ambiente de casino.

Nina – Es la primera vez que juego Monopoly con billetes reales...

Nina tira los dados.

Julia – Aunque sean pesetas... que ya no se pueden cambiar por euros.

Nina – Cinco. Suerte. (*Saca una tarjeta*) Has ganado el segundo premio de belleza. 10.000 pesetas...

Pablo tira los dados.

Pablo – Siete. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... ¡Estación de las Delicias, la compro!

Fausto tira los dados.

Fausto – Tres. Uno, dos, tres... Caja de Comunidad. (*Leyendo la tarjeta*) Has salido de la cárcel. Esta tarjeta se puede conservar hasta que se use o se venda. La conservo...

Julia tira los dados.

Julia – Ocho. Paseo del Prado. Es mío. Pongo una posada y tres habitaciones para huéspedes...

Nina tira los dados.

Nina – Dos. Uno, dos. Ve a la cárcel... Eso es lo que nos va a pasar a todos, se los digo...

Pablo tira los dados. Se escucha una sirena de policía a lo lejos.

Pablo – Cuatro. Uno, dos, tres, cuatro... Suerte. El Banco del Espirito Santo te regala 30.000 pesetas para tu instalación.

Julia – Pesetas...

Pablo – Trabajé en este banco al principio de mi carrera. El banco le regaló este Monopoly a Nina cuando le abrimos su primera cuenta de ahorros...

Fausto tira los dados.

Fausto – Once. ¡Barrio Chino! ¡Lo compro! Pongo dos hoteles de paso y tres burdeles...

Fausto se prepara para tomar dinero directamente del banco. Nina reacciona de inmediato apuntándole con su revólver.

Nina – ¡No toques el dinero, abuelo! ¡Yo vigilo el banco! (*Fausto apunta su revólver en dirección a Nina.*) Yo tengo el verdadero, te recomiendo que te rindas...

Fausto cede y baja su arma.

Fausto – Me duele que mi propia nieta sospeche de mi honestidad.

Alguien llama a la puerta. Todos se quedan inmóviles.

Julia – ¿Quién puede ser a esta hora?

Nina – ¿No escucharon la sirena de la policía?

Pablo – Creo que el juego ha terminado...

Nina – No tan rápido... No se puede interrumpir una partida de Monopoly así... Voy a ver... (*Nina se levanta.*) Papá, cuida el banco.

Pablo – No te preocupes, estoy acostumbrado.

Esperan un momento mirándose con sospecha.

Julia – ¿Un poco más de vino de ciruela?

Nina regresa.

Pablo – ¿Y bien?

Nina – Eran los colegas... Para saber si acaso el fugitivo se había refugiado en casa de su hijo...

Fausto – ¿Y entonces?

Nina – Les mostré mi placa de policía...

Fausto (*aliviado*) – La sangre no miente... Ahora realmente eres parte de la familia.

Nina – La partida continúa...

Julia lanza los dados.

Julia – Doce. ¡Calle de Alcalá!

Pablo – ¡Es mía! Con un hotel, 200.000 pesetas.

Julia – Y aquí voy a la quiebra... (*A Pablo*) Pero después de todo, estamos casados en régimen de comunidad de bienes, ¿verdad?

Nina lanza los dados.

Nina – Siete. Paga una multa de 10.000 pesetas o saca una tarjeta de suerte. Sacaré una tarjeta de suerte. (*Saca una tarjeta y palidece*) Cita en la Puerta del Sol...

Pablo – ¡También es mía! Con un hotel, 400.000 de pesetas.

Nina – También estoy en quiebra...

Pablo (*a Fausto*) – Ahora somos solo tú y yo... (*Pablo lanza los dados.*) Cárcel, solo de visita...

Fausto lanza los dados.

Fausto – Vaya directo a la Estación de Atocha. Eso es precisamente lo que planeo hacer cuando salga de aquí. Estará menos vigilado que los aeropuertos...

Pablo lanza los dados.

Pablo – Aparcamiento gratuito...

Fausto lanza los dados.

Fausto – Nueve... Puerta del Sol.

Pablo – ¡Es mía! ¡400.000 pesetas!

Fausto – Me declaro en bancarrota...

Julia – Al final, siempre es el banco el que gana...

Entonces Fausto hace un movimiento rápido para tomar la pistola de Nina y amenaza a los demás con ella.

Fausto – Lo siento, pero realmente no tengo opción... (*Los otros tres levantan las manos.*) Esto es un atraco. No hagan movimientos bruscos y todo saldrá bien. Denme el dinero...

Negro.

Acto 5

A ambos lados del reloj de cuco, Pablo y Julia, sentados en sus sillones, se pasan un porro. En la mesa baja, hay dos vasos y una botella. El cuco canta tres veces.

Pablo – El cuco siempre canta tres veces...

Julia – Mmm...

Pablo – Pensé que ya funcionaba.

Julia – Funciona.

Pablo – ¿Qué hora es?

Julia – Son las tres.

Pablo – Ah, entiendo...

Silencio.

Pablo – No sé si llegará muy lejos con sus lingotes de oro.

Julia – Tal vez hasta la frontera.

Pablo – Espero al menos que nos envíe una postal...

Julia – Mmmm.

Pablo – ¿Y tus padres, cómo están? Hace tiempo que no los vemos... No habrán muerto, ¿verdad?

Julia – No, no.

Pablo – ¿Cuántos años tienen ahora?

Julia – Ya no lo sé... Son tan viejos... Empiezo a preguntarme si no moriré de vieja antes que ellos...

Pablo – Realmente no tenemos suerte...

Julia – ¿Por qué dices eso?

Pablo – Podríamos haber esperado que el destino nos echara una mano...

Julia – Vamos, no seas tan pesimista... Hay que ver la botella medio llena... (*Agarra la botella y llena los dos vasos.*) Nunca hemos ganado la lotería, pero tampoco hemos tenido enfermedades graves.

Pablo – Mmm... Nunca una inspección fiscal...

Julia – Ni siquiera hemos sido elegidos para ser jurados en un tribunal.

Pablo – Tienes razón. No nacimos bajo una buena estrella, pero tampoco bajo una mala.

Julia – Debe ser que nacimos bajo un cielo sin estrellas.

Pablo – Nadie debió darse cuenta de que nacimos.

Julia – Y cuando ya no estemos aquí, nadie se dará cuenta tampoco.

Pablo – Somos como pasajeros clandestinos en esta nave fantasma llamada Tierra...

Continúan bebiendo y fumando en silencio.

Julia – Si esto sigue así, podremos cenar en la terraza.

Pablo – ¿Nina viene a cenar con nosotros en Nochebuena?

Julia – Claro.

Pablo – ¿Finalmente trae la pava?

Julia – Sí. Pero creo que desistió de hacer conejo.

Pablo – Mejor así.

Julia – Lástima que tu padre no haya podido quedarse, habríamos pasado una noche en familia.

Pablo – Llegó como Papá Noel, pero se va con los regalos.

Julia – No importa, tendremos una pequeña cena tranquila de Nochebuena.

Pablo – Nunca podré volver a jugar al Monopoly en mi vida.

Julia – Tienes razón. Después de una partida así, todas las demás solo podrían ser decepcionantes... (*Silencio*) ¿Y si abrimos de todos modos esas habitaciones de huéspedes?

Pablo – Acabo de enterarme de que mi puesto en el banco ha sido eliminado... Ya no podemos contar con mi herencia... Y todavía tenemos a mi madre a cuestas... Así que puedo intentar no ver solo la botella medio vacía, pero bueno...

Julia – Encontré la botella medio llena.

Pablo – ¿Perdona?

Julia – Descubrí lo que tu madre hizo con la otra parte del botín.

Pablo – ¿Qué?

Julia – El reloj cucú.

Pablo – ¿El reloj cucú?

Julia – Los contrapesos son de oro macizo... Y con la crisis financiera, el precio del metal amarillo se ha cuadruplicado en los últimos años...

Pablo – ¡No puede ser!

Julia – Cuando todavía estaba en su sano juicio, tu madre debió haber derretido la mitad de sus lingotes para hacer contrapesos. Por si la policía encontraba el resto.

Pablo – El oro sigue siendo un valor refugio. Junto con la familia, por supuesto...

Julia – ¿Entonces?

Pablo – ¿Qué?

Julia – ¿Las habitaciones de huéspedes?

Pablo – Por qué no. En el campo me aburriré tanto que estaré obligado a escribir mi libro...

Silencio.

Julia – ¿Estás realmente seguro de que ese tipo era tu padre?

Pablo – En cualquier caso, conocía bien a mi madre... Pero no sé por qué, siempre pensé que era hijo del jardinero...

Julia – ¿Tu madre se acostaba con el jardinero?

Pablo – Eso explicaría el misterioso accidente doméstico del que fue víctima...

Julia – Sin mencionar tu inclinación por la agricultura.

Pablo – Y si mi padre es el jardinero, al menos sé dónde encontrarlo. En el jardín.

Julia – Sí... Pero no en el nuestro...

Silencio.

Julia – ¿Todavía te quedan algunos planes de tomates cherry?

Pablo – No. Nos los hemos fumado todos.

Julia – Cuando estemos en el campo, tendrás que plantar más.

El reloj cucú comienza a cantar sin cesar emitiendo sonidos completamente nuevos.

Negro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en el sitio The Book Edition o Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Cara o Cruz
El Joker
El Último Cartucho
Encuentro en el andén
EuroStar
La ventana de enfrente
Los Naufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
Plagio
Por debajo de la mesa
Un pequeño asesinato sin consecuencias

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Después de nosotros el diluvio
El yerno ideal
Foto de Familia
Strip Poker
Un Ataúd para Dos

Comedias para 5 o 6

Bien está lo que mal empieza
Crisis y Castigo
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7 a 10

Bar Manolo
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
El pueblo más cutre de España

Comedias de sainetes (sketches)

Breves del Tiempo Perdido
Ella y El, Monólogo Interactivo
Muertos de la Risa

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Abril 2023

ISBN 978-2-37705-923-2

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.